

La misma canción

Eduardo Javier Chillarón

Image not found.

Capítulo 1

Cuando está a punto de llegar a su destino se da cuenta de que lleva escuchando la misma canción durante horas. Pero conscientemente no llama su atención, ni se sobresalta por ello. No es el tipo de razonamiento que cruza su cabeza en este momento. Simplemente le acuden dudas, florecen preguntas sencillas de fácil respuesta. Pero es incapaz de responder una sola; su pensamiento se centra en rasgos atormentados por la culpabilidad. Una y otra vez la misma canción debería tener un motivo, pero las dudas son parte de su existencia, las que él mismo es capaz de provocarse para que la angustia, aquella que le alimenta, aparezca. No sabe si es su canción, o la de ella. Piensa que no sabe su canción preferida, como otras tantas cosas que la cobardía, la ambigüedad o el destino no han querido revelar. No saber la de ella le clava otra estaca en el alma. El pecho y las costillas le duelen de tanto gritar, de tanto gemir, de tanto llorar. Nadie le escucha, nadie le entiende ni sería capaz de ayudarle si en algún momento lo necesitara. Y aunque la situación se está convirtiendo en un tormento, es capaz de sobreponerse con una leve sonrisa sin sentido, ahogando un grito de desesperación que sería indiferente para el mundo, aunque le dejara escapar. Pero es consciente de ello. Al acabar de nuevo la melodía, suelta la mano derecha del volante (la izquierda permanece apoyada en sus mejillas con el codo reposando en el alfeizar de la ventanilla, sujetando el pelo que el viento perturba) y aprieta el mismo botón. ¿Es capaz una melodía, que aún mil veces repetida no deja de ser hermosa, de desprender tantos y desconocidos sentimientos? La magia vuelve a aparecer y los recuerdos emprenden valor con los acordes de música, justo dónde habían acabado segundos antes, como si el pensamiento se paralizara con el silencio, como si las palabras de la canción le obligaran a volver a la vida. Lleva de nuevo la mano, sudorosa, al volante. No siente los pitidos de los conductores ignorantes, aquellos que simplemente conducen para ir a cualquier sitio y contemplan a un desconocido imprudente que aparece desencajado cuando cruzan ante él. No comprenden el estado en el que se encuentra en este momento. Él sólo escucha una y otra vez la misma canción, sólo presta atención a ese pensamiento que alimenta con melancolía para darle vida. Pero es consciente de que nunca se hará realidad, la perdió hace pocos días y nunca más volverá a tener la oportunidad de despedirse, de sentirse abrazado, de preguntarle por vez primera si alguna vez le había dicho que la quería, de que ella respondiera únicamente con hermosas lágrimas, de decirle que la quería porque simplemente es lo que siente dentro, de volver a abrazarla, de repetirle una y otra vez, mil veces que la quiere, de besarle suavemente la frente, de creer que con aquel abrazo nunca se separaría de ella, de llorar junto a ella y sentirse amado sin la necesidad de escuchar una palabra que lo confirme, de sentir cómo aquellos hermosos brazos le aprietan con

ternura a pesar de las miradas, de formar un único cuerpo, un sólo sentimiento, un sólo pensamiento, una sola afirmación. Te amo. Reacciona de alguna forma a la parálisis e intenta entonar la letra de la canción, pero la emoción se apodera de sus entrañas, y del estómago sólo salen balbuceos entrecortados, dolorosas palabras con tanto significado que nadie sería capaz de entender. Lloro de impotencia, brotando lágrimas henchidas de penuria que escurren por la desencajada cara para desaparecer en cualquier lugar de su cuerpo, como los sueños y los sentimientos, como el sonido y la hermosa letra. El final de la canción le proporciona un pequeño respiro a su garganta, que afligida apenas le deja respirar. Suelta de nuevo la mano para que alguna fuerza sobrenatural, ¿amor... tal vez?, ponga en marcha de nuevo la sintonía. Los recuerdos, los sentimientos y las entrañas se apoderen de él. Y se somete a ellos, porque es lo único que desea en ese momento. Entre jadeos de arrepentimiento vuelve a sonar la canción y entona la letra, gritando de desesperación, acaso sea escuchada su suplica... cuando obra el milagro. Entre tanta consternación, en medio de la estrofa más hermosa, aparece su mirada, llorosa también, pero sin angustia ni amargura, ahora sonrío mientras contempla el descender de las lágrimas. Y la escucha claramente porque también susurra, tararea la misma canción que una y otra vez lleva escuchando desde que comenzó el viaje. Pero al observarle los labios se da cuenta de que no vocaliza la misma letra sino repite una y otra vez otra frase, sencilla para el entendimiento y expresiva como la más sincera declaración. Siente su interior explotar al leer en los labios lo que nunca ha podido escuchar, algo que debería haber formado parte de su despedida y de sus sueños, pero no se hará realidad por que no existió despedida, y, por tanto, aparece dibujada como horrenda pesadilla. La imagen asiente lentamente con la cabeza mientras cierra los ojos, como si la afirmación del alma le concediera las llaves del arrepentimiento, la bondad del perdón hace presencia, obrando y recogiendo el desprendimiento enfermo que le estaba despojando de salud. El llanto se vuelve desgarrador acto de evidencia, pues no existe abrazo humano ni palabras de consuelo capaces de llenar tanto vacío...

Y grita si cabe con más fuerza cuando sabe que la muerte, petrificada ante tanta angustia, no se aparta del camino. Y la música, la dulce voz que la entona y esas estrofas con tanto significado se desprenden, por fin, violentas de su mente.